



99/2021

16 de septiembre de 2021

Rubén García Servet*

Afganistán: ¿y ahora qué?

[Visitar la WEB](#)

[Recibir BOLETÍN ELECTRÓNICO](#)

Afganistán: ¿y ahora qué?

Resumen:

Durante el mes de agosto, nuestros medios de comunicación se han visto inundados con las noticias y con las imágenes del colapso del régimen democrático afgano. Imágenes apocalípticas que nos recuerdan la evacuación caótica de Vietnam del Sur.

El acontecimiento es de proporciones mayúsculas y considero que no debe despacharse su relato con los paradigmas que, precisamente, nos han llevado a la catástrofe. Quizá tengamos ahora más que nunca una ventana de oportunidad que nos permita reflexionar sobre nuestros errores, que lo son más de concepto que de praxis. Todo, naturalmente, desde mi punto de vista, porque pontificar en asuntos tan complejos es siempre pretencioso.

Palabras clave:

Afganistán, medios de comunicación, catástrofe afgana.

*NOTA: Las ideas contenidas en los *Documentos de Opinión* son responsabilidad de sus autores, sin que reflejen necesariamente el pensamiento del IEEE o del Ministerio de Defensa.

Afghanistan: what now?

Abstract:

During the month of August, our media have been inundated with news and images of the collapse of Afghanistan's democratic regime. Apocalyptic images reminiscent of the chaotic evacuation of South Vietnam.

The event is of capital proportions, and I believe that its story should not be dismissed with the paradigms that have led us to catastrophe. Perhaps now more than ever we have a window of opportunity to reflect on our mistakes, which are more in concept than in practice —all, of course, from my point of view, because pontificating on such complex matters is always pretentious.

Keywords:

Afghanistan, media, Afghan catastrophe.

Cómo citar este documento:

GARCÍA SERVERT, Rubén. *Afganistán: ¿y ahora qué?* Documento de Opinión IEEE 99/2021. http://www.ieeee.es/Galerias/fichero/docs_opinion/2021/DIEEEO99_2021_RUBGAR_Afganistan.pdf y/o [enlace bie³](#) (consultado día/mes/año)

Durante el mes de agosto, nuestros medios de comunicación se han visto inundados con las noticias y con las imágenes del colapso del régimen democrático afgano. Imágenes apocalípticas que nos recuerdan la evacuación caótica de Vietnam del Sur.

Se suceden análisis y artículos de opinión que intentan desentrañar qué ha podido pasar, poniendo el acento según la particular sensibilidad de cada autor. Ante tanta literatura se podría tener la sensación de que ya todo ha sido escrito sobre el tema. Sin embargo, parece que el análisis de fondo y las lecciones aprendidas están todavía lejos de consolidarse.

El acontecimiento es de proporciones mayúsculas y considero que no debe despacharse su relato con los paradigmas que, precisamente, nos han llevado a la catástrofe. Quizá tengamos ahora más que nunca una ventana de oportunidad que nos permita reflexionar sobre nuestros errores, que lo son más de concepto que de praxis. Todo, naturalmente, desde mi punto de vista, porque pontificar en asuntos tan complejos es siempre pretencioso.

Conviene empezar por lo más obvio, que va a condicionar mis reflexiones en este artículo. El conflicto de Afganistán ha sido, sobre todo, una guerra afgana y entre afganos. Parece aconsejable alejar la tentación de buscar permanentemente las culpas de todos los males en Occidente, porque nos impedirá llegar al núcleo de la cuestión.

Hemos puesto a los afganos, con nuestro dinero, nuestro sudor y la preciosa sangre de nuestros compañeros, ante la disyuntiva de totalitarismo o libertad y el hecho doloroso es que la mayoría no ha querido arriesgarlo todo por su libertad. Hay que empezar por aquí, no sea que perdamos el foco del problema. Ha sido una guerra sin matices, un capítulo más de un conflicto existencial entre dos visiones del mundo incompatibles, que no se puede despachar con análisis superficiales ni respuestas rutinarias.

Conocí de cerca el Ejército Nacional Afgano, incluida su Fuerza aérea. En mis tiempos en Kabul, tuve frecuentes reuniones con sus jefes y no menos frecuentes con sus instructores. No era un ejército de primera división, pero tenía plena capacidad para haber parado a los talibanes. Al menos para haber ofrecido una resistencia seria. Muchos de ellos no han querido. Sería bueno partir de este hecho sin dar demasiados rodeos.

La realidad, aplicable a Afganistán, pero también a España o a cualquier otro rincón del mundo es que solo merece ser libre el pueblo que está dispuesto a arriesgarlo todo por la libertad. Afganistán y su buena gente han optado por la esclavitud, por la *sharía* o por

la emigración a un Occidente que, víctima de sus propias contradicciones, se verá en la obligación de acoger a quienes no supieron luchar por sus libertades.

Lo anterior me parece una apreciación poco comentada, pero indiscutible. Porque cabe recordar que no se puede subcontratar para siempre la propia defensa y seguridad a un tercero, porque el tercero un día no querrá o no podrá seguir defendiéndonos y ese día se pierde la seguridad, la guerra y de nuevo las libertades. Magnífico recordatorio válido para todas las latitudes y muy pertinente en estos momentos de debate sobre la defensa europea. Un pueblo es responsable de su propia defensa y de su propia seguridad, o acabará esclavo.

Y la propia defensa cuesta vidas y dinero, es impopular y obliga a la batalla dialéctica con los apóstoles del pacifismo naif, que florecen en la paz, pero huyen en la guerra. Porque los enemigos de la libertad no duermen, ni en Afganistán ni en ningún sitio, y hay que combatirlos con determinación.

Desde un punto de vista más técnico, el desenlace del conflicto de Afganistán nos aporta otra importante consecuencia para analizar, la pertinencia del debate sobre las operaciones multidominio en el mundo de hoy y, en particular, la esencial importancia de considerar ese nuevo sexto dominio operacional, todavía no reglamentado en toda su amplitud, ni reconocido oficialmente, el «dominio cognitivo».

Porque la guerra civil afgana se ha perdido con superioridad manifiesta en los cinco dominios operacionales reconocidos: terrestre, marítimo, aéreo, espacial y ciber. La esencia de la derrota de nuestros aliados afganos ha sido en el etéreo, pero siempre esencial dominio de las percepciones. Es aquí donde habrá que profundizar y poner de relieve las debilidades que han llevado a una derrota catastrófica. No es la primera vez en la historia, y no será la última, en la que el factor humano, íntimo, está detrás de la derrota, se trata de un ejemplo de manual.

Porque, en relación con el combatiente, el componente ético y moral de su formación sigue, en pleno siglo XXI jugando un papel esencial. El antiguo concepto de la moral de victoria, el patriotismo hasta la última gota de nuestra sangre, el compromiso y la lealtad probablemente no bastan para asegurar la victoria, pero su ausencia, asegura la derrota.

Y, no menos importante en este mismo dominio cognitivo, humano, está la sociedad que apoya y soporta a su brazo armado y apuesta con todos sus medios por la libertad. En este tema, ha triunfado la narrativa del adversario talibán, que supo disfrazar el conflicto,

de nuevo, de lucha contra el extranjero, o de lucha religiosa, cuando se trataba de un conflicto de afganos entre dos versiones del país.

Nuestro error, no haber sabido exponer este tema a la sociedad afgana con nitidez. No haber sabido, en palabras de mi antiguo jefe, el general McCristal, «conquistar los corazones de los afganos». Nosotros, los españoles, que lideramos aquella misión en KAIA, dedicamos a ello todos nuestros desvelos y recibimos el agradecimiento afectuoso de todos los afganos con los que intimamos profesionalmente en las instalaciones aeroportuarias, pero mi testimonio es que el mensaje del apoyo de la OTAN a Afganistán y al futuro de los afganos no terminó nunca de llegar al ciudadano de a pie.

Mucho más controvertido es llegar a conclusiones sobre si jamás hubiera sido posible convencer al afgano de las virtudes de disfrutar de un sistema de derechos y libertades occidental en el que no creen, ni quieren de ninguna manera.

Quizá la estrategia más correcta hubiera debido ser apoyar un sistema afgano tradicional, menos virtuoso, pero más efectivo. Al finalizar la guerra bien hubiéramos podido consolidar la estructura tribal del país o, simplemente, apoyar el predominio tayiko, pero nos pudieron los complejos, la tiranía de nuestra superioridad moral. Aquí compartimos el error, con diferentes grados todo Occidente, no solo nuestro aliado principal.

Error sin paliativos ha sido también la mala planificación de la retirada del país, basada en presupuestos falsos y en no querer escuchar a quienes advertían de los peligros de una salida en falso.

Ahora, el problema de futuro al que nos enfrentamos es pavoroso, y no se trata de la previsible catástrofe humanitaria, ni siquiera del horror de una *sharíá* que se percibe triunfadora y que dejará un reguero de sangre. El problema principal no va a ser, como describen nuestros medios de comunicación, el flujo de refugiados, que huyen del horror hacia nuestro mundo tras haberse dejado arrebatar sus libertades y, al final, su vida en su propia tierra.

La realidad es que la victoria talibán va a tener un efecto expansivo en todo el mundo yihadista, en cada alma radicalizada, porque es un grito de esperanza para una forma de ver el mundo que se siente herida y vilipendiada por Occidente, y movilizada por los ecos de palestina.

Mi conclusión en el terreno es que el objetivo del adversario nunca fue Kabul. Se trata de una etapa del conflicto. El objetivo final se juega en nuestra casa, en Madrid, Berlín, Nueva York, París o Londres. El enemigo existencial del yihadismo es Occidente. Porque sienten atinadamente que los valores occidentales son incompatibles con su visión del mundo.

Porque la visión musulmana radical del mundo no contempla una separación entre religión y estado, es una visión global de la existencia humana, iluminada o regida por la ley islámica. Ese es el debate real en el mundo musulmán: una ley islámica que ilumina, (lo que da pie a una tolerancia) o rige la vida de la sociedad (la *sharí'a*, o el Corán como ley civil).

No cabe imaginar hoy una sociedad musulmana en un estado laico de corte occidental, por mucho que insistamos en sostener lo contrario, véase la tozuda realidad de la mal llamada primavera árabe o la tendencia de las comunidades musulmanas en sociedades occidentales de acogida a reproducir el modelo global al que he hecho referencia. La pregunta que flota en el ambiente y que requerirá profundos análisis de expertos, trata de la compatibilidad de islam y democracia, nada menos.

Es hora de recuperar el núcleo duro. De nuestra esencia de derechos, libertades y estado de derecho, eso que llamamos Occidente. Reconozcamos con realismo que no es un modelo compartido universalmente y aparquemos el espíritu redentor. Atrevámonos a cuestionar los grandes mitos que condicionan frecuentemente la reflexión. Habrá que imaginar los límites objetivos a la aplicación de la responsabilidad de proteger de la ONU, al menos en escenarios en que su puesta en marcha es simplemente impracticable.

Debemos prepararnos para defender con uñas y dientes nuestras libertades, porque no tengo la menor duda de que, en lejanas tierras, están planeando ahora mismo el asalto a nuestros valores. Dicho en otras palabras, creo que hay que pensar en nuestro propio futuro, más amenazado que nunca, y dejar de sentirse responsables por todo lo malo que ocurre en el mundo.

Más urgente es reflexionar sobre si el modelo occidental que pretendemos exportar al mundo ha perdido empuje a través de la relativización de su esencia, de los valores que lo fundamentan. Este es otro debate esencial, no vaya a ser que estemos cavando inadvertidamente el final de nuestro sistema de derechos y libertades.

Estas son, desde mi punto de vista, las consecuencias de la catástrofe afgana. Conviene empezar a valorar los acontecimientos sin mitos, ni tabús, con realismo y sin la mala conciencia de sentirnos como únicos responsables de que, al final, no haya salido bien.

Hemos cometido errores, pero hemos dejado lo mejor de nosotros mismos en una tierra lejana y no debemos acomplexarnos por ello. Es lo menos que debemos a todos y cada uno de nuestros compañeros caídos y también a todos los que dejaron a sus familias para luchar por dar una oportunidad a los afganos, oportunidad que ellos y solo ellos, pudieron aprovechar.

Habrá que preguntarse si nuestra retaguardia ha estado tan comprometida como el más humilde de nuestros soldados. Recordemos este triste capítulo que ha terminado en retirada, cuando vuelva el estrépito del conflicto a la puerta de nuestra casa.

Porque, al final, y esta es la principal lección de este desenlace, solo merece vivir quien por un noble ideal está dispuesto a morir.

*Rubén García Servert**

Comandante jefe del Aeropuerto de Kabul (2009-2010)